

LAS CRÓNICAS DE  
**SHANNARA**

LIBRO 6

**LA REINA ELFA DE SHANNARA**

TERRY BROOKS



**Todos creían que los elfos habían desaparecido... pero tal vez no sea así.**

Wren Ohmsford se enfrenta a una de las aventuras más difíciles de toda su vida. El espectro del druida Allanon le ha encomendado la misión de encontrar a los elfos y llevarlos de vuelta a las Cuatro Tierras. Pero hay un problema: los elfos desaparecieron hace más de cien años y, desde entonces, nadie ha visto ninguno...

Wren se embarcará en una peligrosa misión para salvar a la raza y descubrirá que solo ella, la verdadera reina de los elfos, tiene el poder para conseguirlo.

*Para Diane,  
a quien echo de menos*



## 1

Fuego.  
Crepitaba en las lámparas de aceite que colgaban, lejanas y solitarias, en las ventanas y las puertas de entrada de las casas. Chispeaba y siseaba al lamer las antorchas empapadas de brea que iluminaban los umbrales y los cruces del camino. Resplandecía entre las ramas frondosas de los robles y nogales, allá donde había faroles al borde de los senderos. Las llamas eran débiles puntos y fragmentos de luz titilante, como criaturas diminutas e indefensas, presa fácil para una noche que amenazaba con abalanzarse sobre ellas y destrozarlas.

«Como nosotros», pensó ella.

Como los elfos.

Levantó la mirada más allá de los edificios y murallas de la ciudad y se centró en el lugar donde humeaba el Killeshan.

Fuego.

Un resplandor rojo se filtraba por las fauces dentadas del volcán; el fulgor de su corazón derretido se reflejaba en las nubes de ceniza volcánica que formaban tenebrosos bancos en el cielo despejado. El Killeshan se erguía sobre sus cabezas, inmenso y huraño, un fenómeno de la natura-

leza al que ninguna magia élfica podía doblegar. Hacía semanas que se producían grandes explosiones en sus entrañas, muestra evidente de su descontento, de su determinación, de una presión acumulada que ansiaba liberarse.

Ahora, la lava se filtraba, se abría paso entre las grietas y fisuras de la corteza y fluía hasta las aguas del océano, formando sinuosas cintas que arrasaban a su paso la selva y las criaturas que en ella vivían. Sin embargo, pensó, pronto ni siquiera eso podría aliviar la presión, y el Killeshan erucaría un fuego mortífero que los consumiría a todos.

Si es que aún quedaba alguien.

Estaba en los Jardines de la Vida, donde crecía Ellcrys. El viejo árbol se alzaba hacia el cielo como si intentara atravesar la bruma grisácea para respirar el aire de las capas más altas de la atmósfera, más puro. Sus ramas plateadas brillaban débilmente a la luz de los faroles y las antorchas y sus hojas escarlatas reflejaban el siniestro resplandor del volcán. El fuego danzaba en pinceladas y formaba figuras extrañas en los surcos de la corteza del árbol, como si pretendiera mostrar algo. Contempló abstraída las imágenes que aparecían y se desvanecían, un espejo de sus propios pensamientos, y sintió una profunda tristeza que amenazaba con dominarla.

«¿Qué puedo hacer? —pensó, desesperada—. ¿Qué otra alternativa me queda?».

Ninguna, lo sabía. Ninguna, excepto esperar.

Ella era Ellenroh Elesedil, reina de los elfos, y solo podía esperar.

Agarró con fuerza el báculo Ruhk, miró al cielo e hizo una mueca de disgusto. Aquella noche no había estrellas ni luna. Pocas luces se habían visto en el cielo en las últimas semanas, solo una bruma de ceniza, densa e insondable: un sudario listo para descender, para cubrir sus cuerpos, abrazarlos y envolverlos para siempre.

Permanecía rígida mientras la brisa caliente soplaba sobre ella y agitaba el delicado lino de su ropa. Era alta, de

cuerpo anguloso y miembros largos. Los prominentes huesos de su cara conformaban unas facciones singulares, reconocibles al instante. Tenía pómulos altos, frente amplia y mandíbulas afiladas y suaves bajo una boca ancha de labios finos. La piel del rostro estaba tersa y tirante sobre el hueso, lo que le daba un aspecto hierático. Una rubia cabellera caía sobre sus hombros en tupidos e indomables rizos. Sus ojos, de un extraño e intenso azul, daban la impresión de estar viendo cosas que a los demás les pasaban desapercibidas. Aunque ya había sobrepasado los cincuenta años, parecía mucho más joven. Cuando sonreía, lo cual hacía con mucha frecuencia, provocaba sonrisas espontáneas en quienes la rodeaban.

Ahora, sin embargo, su expresión era sombría. Ya era muy tarde, la medianoche había quedado muy atrás, y su fatiga actuaba como una cadena que le impedía marcharse. Como no podía conciliar el sueño, había decidido salir a pasear por los jardines para escuchar los sonidos de la noche, para estar a solas con sus pensamientos e intentar conseguir un poco de paz. Pero la paz era huidiza; sus pensamientos, pequeños demonios que la atormentaban y se mofaban de ella; y la noche, una nube negra, inmensa y hambrienta, que esperaba pacientemente el momento en que la frágil chispa de sus vidas acabara por extinguirse.

Fuego, una vez más. Fuego para dar vida y fuego para quitarla. La imagen susurraba insidiosamente en su mente.

Se giró con brusquedad y empezó a pasear por los jardines. Cort la siguió; una figura invisible y silenciosa. Si se hubiese preocupado por buscarlo no lo habría encontrado. Era un joven bajo y robusto, dotado de una agilidad y fuerza increíbles, miembro de la Guardia Real. Los componentes de este grupo tenían la misión de proteger a los gobernantes élficos, de defenderlos con sus armas, de sacrificar sus vidas para preservar las de ellos. Cort era su sombra y, si este no estaba, Dal se ocupaba de protegerla. Uno u otro estaban siempre muy cerca, velando por su seguridad.

Mientras recorría el sendero, sus pensamientos se sucedían con rapidez. Sentía la aspereza del terreno a través de las delgadas suelas de sus chinelas. Arborlon, la ciudad de los elfos, su hogar, arrancada de la Tierra del Oeste hacía más de cien años para asentarla allí... en aquel...

No pudo acabar el pensamiento. Le faltaron las palabras para completarlo.

La magia élfica, invocada una vez más tras la época del mundo fantástico, protegía la ciudad, pero estaba empezando a debilitarse. Las fragancias de las flores del jardín estaban dominadas por el hedor ácido de los gases del Killeshan, donde estos habían traspasado la barrera exterior de la Quilla. Los pájaros nocturnos cantaban en los árboles, pero, incluso allí, sus cantos quedaban tapados por los sonidos guturales de los seres oscuros que se ocultaban más allá de las murallas de la ciudad, en las selvas y los pantanos, y que merodeaban junto a la Quilla, en actitud expectante.

Los monstruos.

El sendero que seguía Ellenroh terminaba en el extremo norte de los jardines, sobre un promontorio que dominaba la ciudad. Las ventanas del palacio estaban oscuras; todos sus habitantes dormían, excepto ella. Detrás yacía la ciudad, grupos de viviendas y comercios replegados tras la barrera protectora de la Quilla, como animales asustadizos acurrucados en sus guaridas. Nada se movía, como si el miedo lo paralizara todo, como si cualquier movimiento pudiera ponerlos en peligro. La reina de los elfos hizo un gesto de tristeza. Arborlon era una isla rodeada de enemigos. Al este se encontraba el Killeshan, que lanzaba sobre la ciudad su sombra de montaña gigantesca y dentada, formado por la roca volcánica y por siglos de erupciones. El volcán, dormido hasta hacía solo veinte años, ahora estaba despierto y ansioso. Al norte y al sur crecía la jungla, espesa e impenetrable, su maraña verde extendida hasta donde limitaba con el océano. Al oeste, bajo las laderas donde se

asentaba Arborlon, estaba el río Rowen, y más allá, la barrera montañosa de la Cornisa Negra. Nada de eso pertenecía a los elfos. En otra época, antes de la llegada del hombre, eran los dueños de todo el mundo. En otra época, ningún lugar les estaba vedado. Incluso en tiempos del druida Allanon, solo trescientos años antes, toda la Tierra del Oeste era suya. Ahora, sin embargo, se hallaban recluidos en aquel pequeño espacio, acosados desde los cuatro puntos cardinales y apresados tras la muralla de su magia en decadencia. Todos aquellos que habían conseguido sobrevivir estaban atrapados.

Miró hacia la oscuridad que se extendía más allá de la Quilla y se imaginó lo que allí esperaba. Durante un breve instante pensó en lo irónico de la situación... Los elfos habían sido víctimas de su propia magia, de su propia inteligencia, de sus planes erróneos y de unos temores a los que nunca debían haber prestado atención. ¿Cómo habían podido ser tan estúpidos?

Lejos, más abajo de donde se encontraba, cerca del final de la Quilla, en el lugar donde se asentaba la lava endurecida de alguna antigua erupción, refulgió una repentina ráfaga de luz, un corto chorro de fuego seguido de una rápida y brillante explosión y de un alarido. Se oyeron algunos gritos y luego volvió a reinar el silencio. Se había producido otro intento de escalar las murallas y otra muerte. Eso ocurría todas las noches, ahora que las criaturas se habían vuelto más osadas y la magia seguía con su declive.

Se volvió para contemplar las ramas de la copa de Ellcr-ys, que se elevaban sobre los otros árboles del jardín como un dosel de vida. El árbol había protegido a los elfos de las más terribles amenazas durante muchas generaciones. Había renovado y reconstruido. Había dado paz. Pero no podía protegerlos contra la amenaza que ahora se cernía sobre ellos.

No podía protegerlos de sí mismos.

Apretó el báculo Ruhk en actitud retadora y sintió que la magia surgía en su interior, cálida en la palma de la mano y los dedos. El báculo era grueso, nudoso y pulido. Su madera se había obtenido de un nogal negro y se había impregnado de la magia de su pueblo. Sujeta a la punta estaba la Loden, un brillo blanco en la oscuridad de la noche. Podía verse reflejada en sus facetas y también conectar con su interior. El báculo Ruhk había fortalecido a los gobernantes de Arborlon durante más de un siglo.

Pero tampoco el báculo podía proteger a los elfos.

—¿Cort? —llamó en voz baja.

El guardia real se acercó a ella.

—Quédate conmigo un rato.

Contemplaron en silencio la ciudad. La reina se sentía sola. Sobre su pueblo pesaba una seria amenaza de extinción. Tenía que hacer algo para impedirlo. Cualquier cosa. ¿Qué ocurriría si los sueños resultaban ser engañosos? ¿Qué sucedería si las visiones de Eowen Cerise eran falsas? Eso no había sucedido nunca, desde luego, pero había tanto en juego... Su boca se crispó en un gesto rabioso. Debía creer. Era necesario que creyera. Las visiones se convertirían en realidad. La muchacha aparecería ante ellos como estaba anunciado, sangre de su sangre. La muchacha aparecería.

Pero ¿sería suficiente?

Apartó la pregunta de su mente. No podía permitirse la duda. No podía abrir la puerta a la desesperación.

Dio media vuelta y regresó deprisa al sendero que conducía a la parte baja de los jardines. Cort siguió a su lado un momento más y luego se fundió con las sombras. Ella no lo vio alejarse. Estaba pensando en el futuro, en las predicciones de Eowen y en el destino de los elfos. Estaba decidida a que su pueblo consiguiera sobrevivir. Esperaría a la muchacha tanto tiempo como fuera posible, tanto tiempo como la magia pudiera contener a sus enemigos. Rezaría por que las visiones de Eowen fuesen ciertas.

Ella era Ellenroh Elessedil, reina de los elfos, y haría lo que debía.

Fuego.

También ardía en su interior.

Enfundada en la armadura de sus convicciones, salió de los Jardines de la Vida en las lentas horas de la madrugada para retirarse a descansar a sus habitaciones.

## 2

**W**ren Ohmsford, acuciada por el cansancio y la fatiga, dejó escapar un prolongado bostezo. Estaba sentada en un risco desde donde se veía todo el Confín Azul, con la espalda apoyada en el tronco liso de un viejo sauce. A sus pies se extendía el océano, un brillante caleidoscopio multicolor en el horizonte, donde la puesta de sol moteaba las aguas con trazos rojos, dorados y púrpúreos, y las nubes bajas formaban extrañas figuras en el cielo ya oscurecido. El crepúsculo empezaba a ocupar su lugar de forma apacible y se manifestaba en el gris creciente de la luz, en el susurro de la brisa vespertina sobre el agua y en la calma que empezaba a cubrirlo todo. Los grillos iniciaban sus cantos y los destellos de las luciérnagas se hacían visibles.

Wren dobló las rodillas contra el pecho, esforzándose por permanecer erguida cuando lo que en realidad deseaba era tumbarse. Llevaba casi dos días sin dormir y empezaba a sentir los efectos de la fatiga. Bajo las ramas del sauce, el lugar estaba sombreado y fresco, y le hubiera sido fácil rendirse, dejarse caer hacia el suelo, taparse con la capa y permitir que el sueño la invadiera. Sus ojos se cerraron en contra de su voluntad solo con pensar en ello, pero los

abrió al instante. Hasta que no regresara Garth, debía permanecer alerta.

Se levantó y fue hasta el borde del risco, sintiendo en su rostro el suave frescor de la brisa y dejando que los olores del mar embargaran sus sentidos. Las grullas y las gaviotas planeaban y se lanzaban en picado sobre las aguas, y su vuelo estaba lleno de gracia y languidez. Lejos, demasiado lejos para poder verlo con claridad, algún pez grande saltó fuera del agua, produciendo altas salpicaduras, y volvió a sumergirse. Dejó que su mirada vagara a lo largo de la costa. Desde el lugar donde se encontraba hasta donde alcanzaba la vista, el litoral se extendía en una ininterrumpida sucesión de salientes abruptos y boscosos, respaldados por las áridas montañas de las Espuelas de Piedra al norte y por las Irrybis al sur, yermas y coronadas de blanco. Una serie de playas rocosas separaban los salientes del agua, llenas de madera a la deriva, conchas y algas.

Más allá de las playas solo se lograba vislumbrar la vacía inmensidad del Confín Azul. Había llegado al final del mundo conocido, pensó con disgusto, y aún no había encontrado a los elfos.

Un búho ululó en los densos bosques a su espalda y se dio la vuelta. Escrutó la penumbra, intentado detectar algún indicio de movimiento o alteración, pero no percibió nada. No había señales de Garth, que debía de seguir rastreando.

Regresó sin prisa a las frías cenizas de la fogata en la que habían cocinado al mediodía y las esparció con la bota. Garth no era partidario de encender verdaderas hogueras a menos que estuviera seguro de que no corrían ningún peligro. Había estado nervioso y suspicaz durante todo el día, inquieto por algo que ninguno de ellos podía ver, con la sensación de que algo no iba bien. Wren se inclinaba a pensar que esa inquietud se debía a la falta de descanso, pero debía reconocer que los presentimientos de Garth ra-

ra vez eran infundados. Cuando estaba intranquilo era mejor no preguntarle.

Wren estaba deseando que volviera.

Había una laguna entre los árboles que crecían tras el risco. Se dirigió hacia ella, se arrodilló y se mojó la cara. Al contacto de sus manos con el agua, la superficie de la laguna se onduló y aclaró, y pudo ver su imagen reflejada en ella, primero distorsionada, pero pocos segundos después era tan clara como si estuviera ante un espejo. La observó con atención. Correspondía a una muchacha apenas adulta, de facciones inequívocamente élficas, con las orejas en punta y las cejas oblicuas, el rostro alargado, pómulos prominentes y la tez del color de las nueces. Vio unos ojos castaños e inquietos, una media sonrisa que parecía provocada por alguna broma secreta y una corta cabellera rizada de un rubio ceniciento. Había tensión en su expresión, pensó, una tirantez de la que no lograba librarse, a pesar de lo mucho que se esforzaba en disimularlo.

Se balanceó hacia atrás sobre los talones y esbozó una irónica sonrisa, concluyendo que su imagen le gustaba lo suficiente para seguir viviendo con ella un poco más.

Cruzó las manos sobre el regazo y bajó la cabeza. ¿Cuánto tiempo hacía que buscaba a los elfos? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que el anciano que decía ser Cogline había ido en su busca para hablarle de los sueños? Muchas semanas. Pero ¿cuántas? Había perdido la cuenta. El anciano sabía que había tenido esos sueños y la retó a que descubriera la verdad que encerraban. Ella había aceptado el desafío: había ido al Cuerno del Hades, en el valle de Esquisto, para encontrarse con el espíritu de Allanon. ¿Por qué no iba a hacerlo? Quizá consiguiera información de su lugar de origen, de los padres que nunca conoció o de la historia de sus antepasados.

Era extraño. Hasta el momento en que se presentó el anciano, no había sentido la más mínima curiosidad por su ascendencia. Se había convencido a sí misma de que eso

no le importaba. Pero algo en la voz del anciano, en las palabras que utilizó, había hecho que cambiara de opinión.

Levantó la mano para tocar la bolsa de cuero que colgaba de su cuello en un gesto casi inconsciente y palpó el duro contorno de las piedras pintadas, de las falsas piedras élficas: su único vínculo con el pasado. ¿De dónde procedían? ¿Por qué se las habían dado?

Rasgos élficos, relación con los Ohmsford y corazón y habilidades de nómada... Eso era todo lo que tenía. Pero ¿de dónde le venían?

En realidad, ¿quién era ella?

No consiguió averiguar nada en el Cuerno del Hades. Allanon cumplió su promesa y acudió a la cita, intimidante y misterioso incluso después de muerto. No le habló de sus orígenes, pero le encomendó una misión... A cada descendiente de la casa de Shannara, como él los llamaba, le encomendó una. A Par, Walker y ella. Pero la misión que le había asignado... Bueno. Hizo un gesto de resignación al recordarlo. Tenía que buscar a los elfos y, cuando los encontrara, convencerlos de que debían regresar al mundo de los hombres. Los elfos, a quienes nadie había visto desde hacía más de cien años, que se decía que ya no existían y que formaban parte de la leyenda o eran considerados personajes de los cuentos infantiles... Y ella tenía que encontrarlos.

Al principio se negó a aceptar la misión, asustada por sus posibles implicaciones, reacia a tomar parte o arriesgarse en algo que no comprendía ni le incumbía. Se separó de los otros y regresó con Garth, de nuevo su único compañero, a la Tierra del Oeste, pensando en reanudar su vida de nómada. No le preocupaban los umbríos. Los problemas que pudieran tener las razas no eran de su incumbencia. Pero la misión que le había encomendado el druida seguía viva en su mente y emprendió la búsqueda casi sin darse cuenta. Empezó haciendo unas cuantas preguntas aquí y allá. ¿Había oído alguien hablar de los elfos? ¿Los había vis-